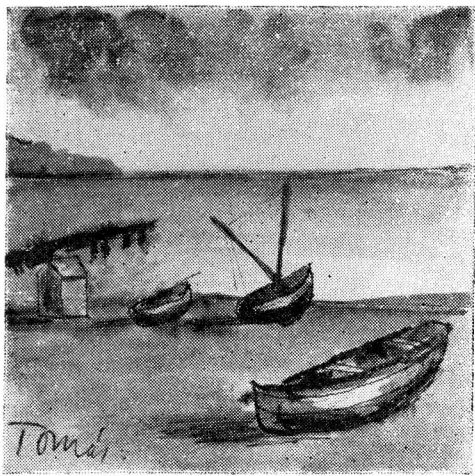




es lo que sucede en *El gran teatro del mundo*. Pero lo que se le exigirá es haber soñado a fondo y como es debido, y no haber estado medio despierto o haberse hecho el dormido. Tiene que vivir la vida, sabiendo que es sueño, como si fuera verdad: esta es la ley con que después se le juzgará, y esta es la misma ley con que Odiseo se juzgará a sí mismo, pero sin esperar a después: sólo por eso Odiseo no sueña.

Sí, frente a la claridad casi heroica del Mediterráneo era fácil comprender que al griego no le haya fallado nunca el sentimiento violento y exaltado de lo real, que nunca la vida le haya parecido fantasmal, dudosa o imaginaria. Pocos días antes, en Roma, había leído un libro de poemas de Salvatore Quasimodo: *La vita non è sogno*. ¿Es posible que sólo por azar Quasimodo, gran conocedor y traductor de la poesía griega, haya escogido este título? Pero lo que me impedía desesperar del todo de la pervivencia de Grecia, lo que me persuadía de que todavía hoy es posible tal vez mirar esa luz sin mancharla, es que me sentía unido ininterrumpidamente a aquella tradición. Sabía que Segismundo no podría negar que la vida es sueño, pero me parecía que en medio de esta actitud general, lo que su actitud particular me decía es que la vida es como si no fuese sueño. Veía después el Renacimiento, todos los renacimientos, hasta llegar a Hölderlin, que es tal vez, entre todos los que se han sentido griegos de alma, el único que no se equivocaba. Grecia renació, renace, renacerá sin cesar. La fidelidad a la vida, el respeto de lo real y el amor a este mundo que nos ha legado serán ya siempre nuestros. Frente a aquella deslumbrante hermosura que parece consumirnos, en aquella luminosidad donde la espuma estalla como una evidencia, con una blancura que quema los ojos, era natural que los puritanismos fuesen imposibles. ¿Cómo rechazar, por impura, esa hermosura visible? Allí, por el contrario, la realidad nos enamora, nos cautiva, nos ata, y nos reconocemos suyos, queremos amarla como es y compartir su impureza, su precariedad y su muerte.

Y de pronto, la certidumbre de que todo aquello podía renacer, como puede renacer cualquier parte de Grecia, me hacía ver la historia de un modo diferente. La verdadera historia nace en Grecia y no es otra cosa que la posibilidad de los renacimientos. Esa sensación de riqueza, de vitalidad, de turbulencia, que me producía por ejemplo Roma, sin duda no venía tanto de la cantidad de esa riqueza, sino de esa conciencia de que toda ella está viva, de que cualquier

parte de su pasado puede renacer en cualquier momento. Este enriquecimiento que la historia da a los pueblos mediterráneos no consiste en que les proporcione mucho pasado, sino mucho presente, y hasta futuro. Estos pueblos tienen una vejez habitada de juventudes, numerosas y con todo su frescor. Si casi todos los rejuvenecimientos hay que ir a buscarlos a Grecia, no es porque ella haya sido más joven que nosotros, que también lo fuimos, y también ella envejeció, sino porque su juventud pasada vive al lado de su vejez presente, y con ella todas las juventudes que la historia ha conocido. Vive y revive, como ya revivió en

Roma, y en el siglo XVI, y muchas otras veces. Está en la historia, en esa otra historia que es pervivencia y no negación mesiánica de la pervivencia.

Así, cuando llegado a Niza puede meter los pies en aquel agua transparente del Mediterráneo, el frío macizo que me iba invadiendo todo el cuerpo me parecía casi la temperatura de la limpidez, y me sentía bañado por una luz disuelta en las ondas y que era la luz de Grecia: una luz dulce, pura y terrestre, de la que nunca, una vez conocida, puede renegarse, y a la que nos ata libremente el lazo de la fidelidad, que es la forma mortal de la esperanza.

ARTES PLASTICAS

HOMENAJE A DIEGO RIVERA

Por Justino FERNANDEZ



"un pintor de nuestro tiempo"

No sé si porque un gran artista cumple setenta años esté bien hacer, como diría un contador, "el balance", o, como diría un detective: "la reconstrucción de los hechos"; sin embargo, se impone en ciertos momentos considerar en conjunto su creación, sobre todo en el caso de Diego Rivera (nacido en Guanajuato el 8 de diciembre de 1886), trabajador infatigable, cuya obra abarca centenares, si no es que miles, de metros de pintura al fresco, de cuadros y dibujos.

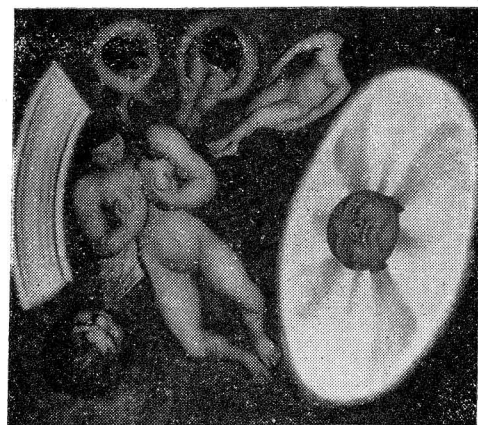
Ahora bien, "hacer el balance" sería *a posteriori*, porque ya lo hemos hecho en otras ocasiones; "hacer la reconstrucción de los hechos" es tarea larga y no para este sitio y ocasión; ni siquiera podríamos cargar sobre los hombros de nuestra memoria y de nuestra conciencia "todos los hechos", ni tenemos, por aho-

ra, interés en su "reconstrucción"; más bien queremos y tenemos que olvidar mucho para recordar tan sólo algunas obras o momentos de singular brillantez y calidad en la pintura de Rivera.

Quiero expresarme esta vez sin el aparato crítico que es necesario, a mi parecer, para juzgar del arte que verdaderamente lo es; cuando se ha ejercitado, en cierta medida, esa tediosa tarea que acompaña a la crítica que aspira a llamarse tal, creo que se puede hablar con franqueza y libertad de aquello que más nos guste. Por otra parte, como el pintor no parece tener en muy buena opinión a la crítica de arte, si bien él mismo se ha ejercitado en ella con maestría, es cuestión de presentarle un homenaje de aniversario en forma llana.

Gusten más o gusten menos sus obras; se esté en acuerdo o en desacuerdo con lo que ha expresado, es indudable que Rivera es un gran pintor de nuestro tiempo; podemos aceptar y estimar algunas obras suyas más que otras, se pueden dejar varias a un lado, sin comentario, pero no se puede negar que el arte del siglo XX no sería lo que es sin Diego Rivera. Su fama ha pasado allende nuestras fronteras. Ha dado guerra y ha tenido desplantes geniales. En más de un modo es un artista, un gran artista cuyas dos cualidades más aparentes son su inteligencia y su sensualismo, que en su obra se manifiestan en las grandes composiciones y en su dibujo y colorido.

Sus pinturas cubistas son de primer orden. Con qué gusto se ven aquellos cuadros: *Hombre del cigarrillo*, *Joven con sweater*, *Retrato de un pintor* y *El despertador*, todos de color restringido y refinado, que se reserva el artista hasta que explota en una *Paisaje de Mallorca*, que sin aviso podría tomarse por una visión



"justificaría la fama de Rivera"

del trópico mexicano; es una verdadera joya, de esta parte de la producción del pintor. Y después otros, en que Rivera introduce con originalidad en el "cubismo" objetos tales como un trozo de un sarape de Saltillo, o un "equipal". Estos mexicanismos vienen a tener una cumbre en *Paisaje Zapatista*. ¿Quién hubiera imaginado que un sombrero de charro, un mauser, unas cananas y un paisaje pudieran entrar en una composición cubista? El cuadro es original, grande, bien compuesto y de un color y texturas excelentes. Y la elegancia en líneas y colores, la sencillez clásica, tienen su mejor expresión en el *Retrato de un poeta*. La historia del "cubismo" no estará completa sin considerar a Rivera.

El impacto de Cézanne en nuestro pintor quedó patente en aquel cuadro excepcional *El matemático*. Un grupo de dibujos a lápiz de esa época ponen a Rivera a la altura de cualquier maestro de la historia, pero sobre todos, su *Autorretrato*. Es el primer Rivera cabal y el que había de ser después en sus obras murales; línea, trazo y modelado tienen "saborosura", precisión y grandeza; es magistral.

Contra la opinión de algunos a mí nunca me ha dejado de gustar el primer mural que pintó Rivera en el Anfiteatro Bolívar. Su composición es algo así como la de una maquinaria de relojería en la que cada engrane supone a los demás y tiene figuras de una verdadera emo-

ción, como aquella tan inspirada de *La fé*, que difícilmente se encontrará algo de esta altura en su propia obra posterior. En los murales de la Secretaría de Educación, además de los efectos de conjunto, hay trozos inolvidables, como *La muerte del peón*, que muestra hasta dónde puede llevar el drama un espíritu clasicista. La *Repartición de tierras*, el *Mercado* y aquella composición del *Día de muertos*, donde el propio Rivera aparece entre la multitud, en los "puestos", son otros tantos tableros jugosos y representativos. Después en la escalera, casi todo, pero, especialmente otro *Autorretrato* de primerísimo orden. Por último aquí, algunos tableros del piso superior, como aquel en que se empieza a cantar un corrido, que parece un Gauguin veinte años más moderno y muy Rivera.

Del Salón de Actos de Chapingo hay que hablar con el sombrero en la mano. Obra que por sí sola justificaría la fama de Rivera y de la pintura mexicana, contiene todo aquello de que el artista ha sido capaz. Su única rival en nuestro tiempo es la de Orozco en el Hospicio Cabañas y ambas han de compararse entre sí y con obras de ese nivel en Europa, que son pocas, y la de Rivera tiene lo suyo tan excelente como la que más. Todo allí es bueno, pero los desnudos femeninos hacia mucho tiempo en la historia que no alcanzaban tanto esplendor y grandiosidad. *La tierra dormida* quedará entre obras semejantes del pasado,



"uno de los momentos más fecundos"

avertajándolas, pues ¿dónde encontrar otra de esa monumentalidad, fino sensualismo, poesía y emoción auténtica? ¿Miguel Angel, Rubens? Esa sensualidad, ese amor por la carne es lo que con frecuencia ha salvado a Rivera de las fealdades intelectualistas; es su equilibrio genuino y un formidable medio expresivo; también aparece en aquellas manos monumentales. Chapingo es la obra maestra de Rivera.

Ahora recuerdo un gran cuadro: *Baile de Tehuantepec*, de rico colorido y luminoso, sensual, festivo y admirable.

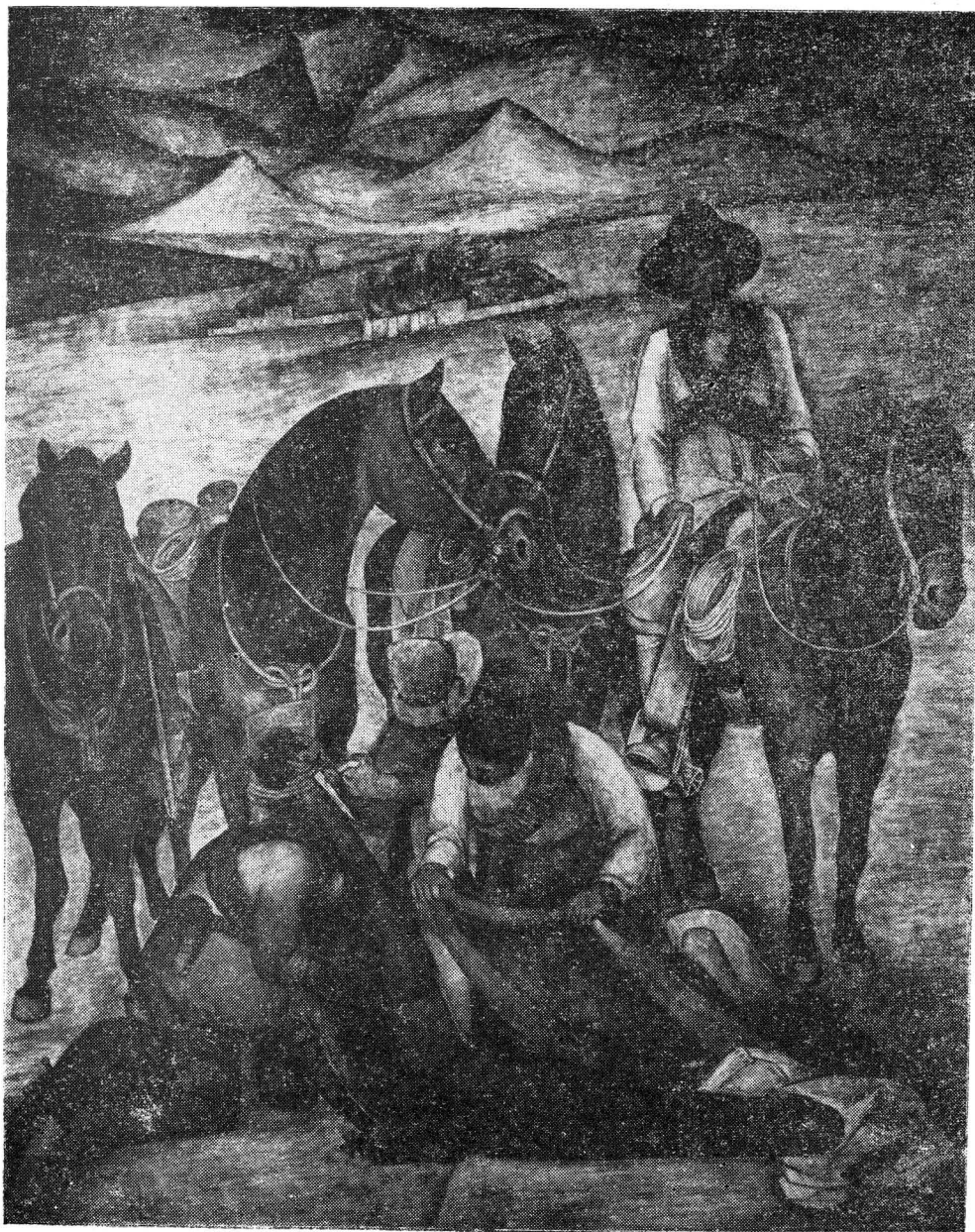
Considerando el bien logrado conjunto, de los murales de Cuernavaca casi todo es bueno o excelente. ¿Quién puede dejar de gustar aquellas imágenes de Morelos y Zapata, y aquel indio en piel de coyote con sus manos dibujadas magistralmente?

Los retratos ocupan un sitio importante en la obra de Rivera; uno finísimo es el de la señora Burke Sherwin, de admirable sencillez y unidad.

Los murales de Detroit constituyen otra obra maestra; allí está toda la visión poética de Rivera del mundo mecanicista; es él quien ha cantado a la máquina como nadie y ha sido capaz de imprimirle una sensualidad insospechada, y ya está bien sensualizar y hasta "sexualizar" aun las máquinas.

El mural del Palacio de Bellas Artes, obra bien característica, es excelente y tiene trozos que no podrían ser mejores, como las composiciones a ambos lados del hombre al centro. Otra obra magistral es la escalera del Palacio Nacional, no ya sólo por su concepción y ejecución sino por los trozos de pintura al fresco de calidad suprema: todo el muro del mundo indígena antiguo es poético y grandioso; aquellos campesinos —en el muro opuesto— que siegan la mies, uno de los fragmentos más emocionantes; los retratos en la parte baja; el primer mural de los corredores con la vista de Tezochtitlan; la imagen de Cortés, que es pintura de verdad, aunque no guste por la idea. De los murales del Reforma quizá sea el mejor el de "Agustín Lorenzo", novido y teatral.

En ese tiempo Rivera alcanza uno de sus momentos más fecundos en su pintura de caballete: el admirable *Retrato*



"muestra hasta dónde puede llevar el drama un espíritu clasicista"

de *Lupe Marín*, de formas tan nobles que pocos de nuestro tiempo están a su altura; dos imágenes, o dos cuadros pequeños, que resumen cuanto ha pintado el artista con tema de niños; y dos cuadros formidables, *Bailarina en reposo* y *Danza de la tierra*, el primero sin paralelo, sensual, armonioso en todo, rico en matices, único, y el segundo también original, brutal y sin manierismos. Más tarde, una *Vendedora de flores*, decorativa y atractiva.

El mural que pintó para el San Francisco Junior College tiene grandiosidad, que disminuye en los temas de la "predella", pero la imagen central, medio Coatlicue y medio máquina, es emocionante. Los dos muros del Instituto de Cardiología deben contar entre las obras de importancia, sobre todo por sus com-

posiciones y por la galería de retratos que contienen, algunos en la parte superior son de primer orden. Buena obra es también el mural del Hotel del Prado, en ella hay trozos de gran calidad, como el "pelado" que duerme y sueña, sentado en una banca de la Alameda.

Los autorretratos de Rivera abundan en su obra mural, mas ejecutó uno, sólo la cabeza, en ocasión de su exposición retrospectiva (1949) en el Palacio de Bellas Artes (reproducido en *Time*), que por sí vale más que otros y que recuerda aquel autorretrato a lápiz (1918) ya mencionado; es de gran calidad y profundo.

En los murales para la Caja de Agua en Dolores, D. F., reaparecieron unas manos monumentales y sensuales que da-

(Pasa a la última página)

se le declara en bancarrota y su hermosa casa y todo lo que contiene se vende en pública subasta.

El resto de su vida lo pasa en la mayor pobreza. El único arbitrio que entonces se le ocurre es fundar una tienda con su amante, la antigua doncella de su casa —Hendrickje Stoffels— y su hijo Tito, a la cual él le vende toda su producción artística.

La "Ronda" fué rechazada por la siguiente razón infantil y llena de fatua vanidad: los personajes, no obstante ser excelentes retratos, no están colocados para que se puedan ver bien, como era tradición y el mismo pintor había llevado a cabo en otras ocasiones: en el cuadro "Staalmeesters" (Sindicatos de la Lonja de Telas), y en la "Lección de Anatomía". Aquí los representados están supeditados a la acción, que resulta ser el tema principal.

Rembrandt también puede ser considerado un pintor barroco, aunque de distinto carácter que Rubens. El siglo en que vivió y pintó es un siglo esencialmente barroco, estilo que procede de Italia (recuérdese el "Constantino el Grande" de Bernini y otros). Rembrandt conoció bien el arte de Carracci, de Guido Reni, pero quien más le influyó fue Caravaggio y, naturalmente, Tintoretto. Esto se observa sobre todo en la manera en que maneja la luz y la sombra, en cómo distribuye las masas en forma rítmica y viviente. Mantegna ejerció en él gran influjo: recuérdese una de las dos lecciones de Anatomía y la "Pietà" de Mantegna, de Milán. Rembrandt conoció y admiró asimismo a José Ribera, el "Spagnoletto".

Su fama llegó a Italia. Antonio Ruffo, de Messina, le compró tres cuadros: "Aristóteles" (está en New York), "Homero" y "Alejandro" (en La Haya y Glasgow, respectivamente). Comisionó luego al Guercino para que hiciera un "pendant" al Aristóteles de Rembrandt. Hay una carta del pintor italiano en que alaba mucho a su colega holandés y considera un honor el encargo.

En los paisajes de Rembrandt puede uno rastrear el estilo del alemán Adam Elsheimer, pero también hay muchos de carácter absolutamente italiano y aun analogías con su contemporáneo ilustre, Gaspar Poussin. Por ejemplo, en ese "Paisaje con Ruinas", de la Galería de Cassel, que señala su apologeta Tancred Borenius. Uno de los pintores holandeses que más influyó en Rembrandt fue Hércules Seghers (sus aguafuertes y pinturas son un prenuncio del maestro).

Hay varias biografías de Rembrandt, casi contemporáneas o muy cercanas a él que pueden consultarse: la del alemán Joachim von Sandrart (1675), escrita seis años después de la muerte del pintor; la de Filippo Bandinucci (1686) y la del holandés Arnold Hanbraken (1718). Los pintores Samuel van Hoggstraten (1678) y Gerard de Lairesse (1714) se ocupan de él.

Nota. Importantísima, por ende, la magnífica exposición de grabados, dibujos y reproducciones de grabados de Rembrandt que ha estado expuesta en el Palacio de Bellas Artes, junto con grabados de Goya y de José Clemente Orozco, lo cual ha permitido establecer una contrastación iluminante por el nexo íntimo del arte de los tres maestros.

EN TORNO AL ARTE DE Rembrandt

Por Jorge J. CRESPO
DE LA SERNA

EN HOLANDA celebran con gran fasto el 350 aniversario del nacimiento de este gran pintor. Pero esa celebración no es local. Tiene una resonancia extensísima. Rembrandt, juzgado ya por todas las generaciones que le sucedieron, pertenece al mundo. Por ello, en realidad, todos debemos honrarle, y ¿qué mejor modo de hacerlo que recordar algunos lampos de su vida y su obra, aunque sea de modo asaz sumario?

Es el siglo XVII. Bélgica se halla aún bajo la católica España. El amor a lo suntuario y principesco se cifra en la pintura monumental, fáustica, aun cuando sea de caballete. Es el gran pintor barroco *Rubens* el que allí priva. En la protestante Holanda, en cambio, señorea lo burgués triunfante; lo que se encarga a los pintores son cuadros menores, íntimos, de género, y un poco más tarde los retratos en que el burgués quiere verse sublimado ante sus propios congéneres. En ese clima es donde crece y se hace *Rembrandt*.

Su nombre completo: *Rembrandt Harmenszoon* (o sea hijo de Harmens) *Van Rijn*. A pesar del *De* (Van) su padre no era sino un simple molinero, *Harmen Gerritszoon* (hijo de Gerrit). Rembrandt nació en Leyden en 1606. Recibió una buena educación y en su oportunidad se matriculó en la célebre universidad de tal lugar, que ningún estudiante de física desconoce, gracias al experimento de la botella famosa que lleva ese mismo nombre. Abandonó pronto sus aulas, pues otra vocación más fuerte le llamaba. El padre accedió a este cambio de rumbo y entonces entró de aprendiz en el taller de Jacobo Van Swanenburgh, con el cual estuvo tres años. Después se trasladó a Amsterdam, para trabajar con Pieter Lastman, uno de los pintores de más nombradía entonces. Sin embargo, no duró mucho en su taller y regresó a su ciudad natal.

Tuvo otro maestro: Jacobo Pynes, de Amsterdam. Trabajó asiduamente en Leyden. Luego se trasladó definitivamente a Amsterdam, donde a poco andar empezaron sus éxitos. Ganó bastante dinero. Pudo casarse y comprar una casa. Su primera mujer, la que compartió con él esta etapa de bonanza, fue Saskia Van Uylenburgh. El pintor, al que llamaban la atención las artes menores, suntuarias o exó-

ticas, tuvo su "violon d'Ingres": se convirtió en un coleccionista entusiasta y en ello gastó grandes sumas. Vivía con lujo, como uno de los ricos burgueses que inmortalizó en esos grandes lienzos que le fueron encargados por algunos gremios destacados.

El sol de esta tranquila vida duró poco. Las cosas se volvieron contra él, de tal modo que esos dos períodos de su azarosa existencia constituyen dos caras contrarias de su medalla personal. La llamada "Ronda nocturna" (que después se ha descubierto que está pintada en pleno día)



"tiene una resonancia extensísima"

no satisfizo a los que la habían ordenado, o sea los componentes de la Guardia Cívica de Amsterdam. Su mujer muere y él se ve envuelto en líos económicos, cada vez más complicados (no era el hombre práctico que algunos conceptúan como el máximo desiderátum de la vida). En 1656

HOMENAJE A DIEGO RIVERA

(Viene de la pág. 27)

ban gusto. Podrían agregarse otras obras, pero, a lo menos me han impresionado hasta conmoverme algunos retratos de los últimos años, primero, el de la señora Carrillo Flores, por sus formas grandiosas, su composición excelente, su preciosa naturaleza muerta en primer plano, por las grandes líneas y por su color; está en la tradición de la "Olimpia" y en verdad no deja de sorprender que, después de otros intereses, Rivera vuelva a ser el gran pintor, sin remilgos ni curiosidades, sino el Rivera grande y noble de formas, que es el que verdaderamente me emociona. Otro retrato de índole distinta es de un niño de doce años de edad, Antonio del Pozo, obra también de perfección y del Rivera que más me gusta, sugerente y magnífico.

No he pretendido sino evocar, de memoria, algunas de las obras del gran pintor que para mí no tienen discusión en cuanto a su originalidad y calidad suprema; no son todas, claro está, pero son más que suficientes. Espero no haber incurrido en el feo y novísimo pecado de *explicar el arte*, para no negarlo, pero aseguro que sin necesidad de negarlo se puede hablar, explicar y cantar mucho sobre el de Rivera, y no prometo dejar de pecar en el futuro.

Como en *El viejo y el mar* Rivera nos trajo un pescado enorme, pero, a diferencia de aquél, éste no llegó en los huesos; algunos mordiscos le hemos dado los tiburones, pero quedó suficiente para que se mantengan varias generaciones en el futuro.

Por cuanto he mencionado solamente y por tanto más que se quedó "en el mar" y por muchos motivos, Rivera merece no sólo un homenaje sino un sitio de honor en la historia.

Arriba: Bailarina en reposo

En medio: Naturaleza muerta

Abajo izquierda: Día de muertos

Abajo derecha: Mural en el Palacio Nacional

